

Esta es la versión html del archivo <http://www.unavarra.es/migraciones/papers3/comun1JUNGLA%20TERMINOL=GICA.doc>.
 Google genera automáticamente versiones html de los documentos mientras explora la web.

JUNGLA TERMINOLÓGICA Y BASES PARA LA EFICIENCIA EN LAS POLITICAS SOCIALES

Xabier Aierdi

Tras constatar la inmigración extranjera como hecho indiscutible, ahora toca abordar el fenómeno. Es posible que las cifras padronales (3.700.000 a 1 de enero de 2005) estén ligeramente abultadas, o quizás más que ligeramente, pero este desajuste ha dejado de ser importante. El que los extranjeros residentes sean más o menos que los empadronados es irrelevante: hay que transitar inevitablemente de la constatación a la gestión. Ante este fenómeno son muchas las incertidumbres o todo el fenómeno de la extranjería es en sí una incertidumbre en un país que ha sido eminentemente emisor de emigrantes y en una sociedad educada en la idea de homogeneidad cultural, como otras muchas, que comulgan inconscientemente con el principio del *nacionalismo metodológico*¹. Más allá de aquel aforismo tan acertado de Max Frisch que dice que “pidieron mano de obra y llegaron seres humanos”, la realidad es que no estábamos preparados ante el hecho de su llegada. El calificativo de *inmigración inesperada* de Antonio Izquierdo se ajusta perfectamente a la actitud dominante en las autoridades y sociedad españolas. De hecho, el anuncio de que se había sobrepasado el incierto, y posiblemente inexistente, *umbral de tolerancia* llegó cuando su volumen, así como su porcentaje con respecto al total de la población española, era irrelevante, por no decir inexistente.

Más allá de los umbrales, la tolerancia puede ser activa o pasiva, e incluso puede ser intolerancia, pero ahora toca enfrentarse al fenómeno. Como ya nos demostró Alfred Schutz en su estupendo estudio sobre *El forastero*², normalizar las relaciones sociales requiere tipificar actores, situaciones y modalidades de acción; hacer previsible la cotidianidad. Dicho de otro modo, definir qué comportamientos de qué actores son legítimos en qué situaciones, ese conocimiento que en el trato con los *nuestros* suele estar cubierto con la “concepción relativamente natural del mundo”. La *naturalización* requiere tipificación y ésta permite relaciones “natural-izadas”. También decía Schutz que el conocimiento que disponemos del mundo es insuficiente y funcional, es decir, que funcionamos con recetas, recetas que no disponemos a día de hoy en/para el trato con la inmigración extranjera, o recetas que creemos no disponer por lo que preferimos valernos de los discursos existentes para el caso, por lo que entre otras cosas tienden a bifurcarse nuestras creencias y nuestros comportamientos, porque en este ente simultáneamente caótico y creativo que es la sociedad, la interacción cotidiana permite una versatilidad relacional que viene impedida en la literalidad de los discursos. Los discursos sobre la inmigración tienden a denegar, casi siempre a contradecir, nuestra

práctica cotidiana, normalmente más abierta.

Pero desgraciadamente, a pesar de todo, nos quedamos con el discurso, porque quizás la pereza, la falta de evidencias suficientes o de recursos de otro tipo, nos llevan a no aplicar la reflexividad sobre nuestras propias acciones. Era curioso el dato que aportaba el CIS en el Barómetro de Noviembre: mientras un 40% de la población española decía que la inmigración era el segundo problema más importante de España, detrás del paro y por delante del terrorismo, solo un 13% decía que la inmigración le suponía un problema. Es decir, una desviación de casi un 27%, la mayor de las desviaciones existentes junto con la del paro. Para ello, debe tenerse en cuenta la tercera columna de datos en la tabla que adjuntamos, y en la que señalamos la variación de puntuación porcentual en las respuestas dadas a las preguntas que se refieren a problemas de España (pregunta 5) y personales (pregunta 21). De entrada, parece que para mucha gente es problema lo que se dice que es problema, independientemente de que realmente le suponga un problema. Pero así es la sociedad.

¿Cómo es posible que un *no-problema* en el ámbito personal pueda ser un problema de España?, ¿que un *no-problema* individual sea un problema colectivo? ¿Que el quinto problema en el plano personal aparezca como el segundo y que otros designados como más importantes, el de la vivienda, los de índole económico y los de seguridad ciudadana, pasen más desapercibidos? También se sorprende Carlos Giménez, que dice que “si para algunos, ‘la inmigración es el principal problema junto con el terrorismo’, ¿por qué no le dedican más y mejor atención? Pero no precisa de atención reactiva o a la contra, sino por positiva, con voluntad de integración”. ¿Por otra parte, cómo es posible que, desde el extremo opuesto, no se reconozca que para un 13,6% la inmigración constituye efectivamente un problema?

Definitivamente, estamos ante los asuntos de la *magia social*, que tan bien se entienden desde el teorema de Thomas, cuando afirmó que si las personas consideran una situación como real, es real en sus consecuencias. Sobre este teorema edificó un magnífico ensayo R. K. Merton³, abordando el tema de las profecías, las que se autocumplían y las que se autodestruían. En ese breve ensayo, abordaba dos aspectos que son fundamentales para el tema que hoy nos ocupa: 1) cuando divergen creencias – definiciones colectivas de la situación– y hechos, e, incluso, verdades científicas, siempre o casi siempre ganan las creencias; y 2) que la alquimia moral resultante, diferente forma de valorar un mismo comportamiento según su agente sea de nuestro intra-grupo o de los distintos exo-grupos, genera unas funciones y disfunciones sociales realmente curiosas, que más tarde trataré.

De momento, basta con retener la superioridad social de las creencias y lo atinados que tienen que ser los análisis y diagnósticos para que contrarresten las creencias y alumbren políticas públicas eficientes, sabiendo que en esta pugna la partida está probablemente perdida de antemano por parte de estudiosos y planificadores sociales. No obstante, cada vez hay más razones para pensar que paradójicamente es también el comportamiento social cotidiano el único bálsamo contra las carencias o intentos fallidos de planificación. Haciendo una analogía podría afirmarse de la sociedad, de la cotidianeidad social y de las prácticas sociales, que la mayoría de la gente “practica

derecho con discursos torcidos”. ¿Por qué, cómo es posible que la violencia contra la mujer no sea considerado como uno de los problemas fundamentales de España, con un discurso tan presente tanto en la realidad social como en los *media* como el de la inmigración? Es un juego ambivalente de difícil comprensión, porque a la vez que se recurre a los discursos, discursos que deniegan las prácticas, también las prácticas se desentienden a menudo de los discursos. Dicho de otra forma, entre creencias y verdad se opta por las creencias, pero pocas veces se llevan las creencias hasta las últimas consecuencias, no se pone en juego el comportamiento que en términos lógicos les correspondería. Es una doble ruptura, más social la primera, más lógica la segunda, que probablemente hace más soportable el mundo social. Ya afirmaba Schutz en el ensayo citado, que el conocimiento que de su mundo y de su pauta cultural tiene el ciudadano normal es incoherente, incongruente –lleno de contradicciones– y parcialmente claro: el suficiente para su naturalizada interacción cotidiana.

No obstante, en la medida en que los discursos tienen más focos de atención y las prácticas precisan de análisis más complejos, debemos contemplar la distinción que de los discursos han realizado Luis de la Corte y Amalio Blanco en un reciente texto⁴. Esta distinción se sostiene en la teorización que Rafael del Águila lleva realizando desde hace años sobre el pensamiento y práctica impecables. La distinción la encuadran en lo que consideran discursos problemáticos e inconvenientes sobre la inmigración. Se trata de los discursos impecable e implacable sobre la inmigración, dos discursos extremos en opinión de sus autores.

Cuadro 1: Discurso impecable e implacable de la inmigración			
Ideas del discurso implacable		Ideas del discurso impecable	
a.	Hay demasiados inmigrantes	a.	Nunca hay demasiados inmigrantes
b.	La inmigración perjudica el trabajo	b.	La explotación del inmigrante es el único problema laboral vinculado a la inmigración
c.	La inmigración promueve la delincuencia	c.	La xenofobia es el único delito importante vinculado a la inmigración
d.	Nuestra cultura es incompatible con la de los inmigrantes	d.	Todas las pautas culturales que observan los inmigrantes son respetables y enriquecedoras

Fuente: Luis de la corte y Amalio Blanco, 2006, págs 337-339

Los discursos sociales interpretan, categorizan y clasifican la realidad, pero sobre todo son modos de *causación*: «son la base a partir de la cual se buscan los por qué de las cosas». No vamos de los hechos a la conclusión, sino de los principios a los culpables. Es más, las visiones pueden autonomizarse y mantenerse “a pesar y hasta en contra de los hechos”. Esto es lo habitual en el caso de la inmigración extranjera y se acompasa muy bien a aquel aserto periodístico que afirma que “no permitas que una noticia te

rompa un bonito titular” o aquello más castizo de que “no permitas que los hechos te estropeen una bonita historia”.

Ahora bien, estos dos discursos que se pretenden contrapuestos no se sitúan en el mismo nivel, mientras que el implacable se ubica en el ámbito más realista de la política y es más asumible –a la vez que compartido– por parte de amplios sectores sociales, el impecable se inserta en el ámbito normativo de las buenas intenciones y del ensalzamiento de la diversidad. El discurso implacable representa el “realismo sucio” y el impecable el “normativismo impoluto”. Asimismo, puede afirmarse que de la misma forma que la exageración, que siempre es funcional en estos casos⁵, del discurso implacable refuerza la capacidad performativa de lo afirmado –la definición o profecía genera realidad o se autocumple–, la del impecable lo vuelve in-creíble en muchos capas sociales –definición o profecía suicida–.

La etiología de este doble resultado en el desarrollo social de los discursos es compleja en extremo, pero el implacable parece acomodarse mejor a los intereses de una ciudadanía asustada de nuestros sorprendidos países, intereses en los que se entremezclan factores de tipo material y concepciones ideales del mundo muy asentadas. Como afirma Peter Singer, “Hay más de mil millones de personas que viven en el mundo en la más extrema pobreza. En el año 2000, los norteamericanos dieron un total de 4 dólares por persona necesitada, o aproximadamente 20 dólares por familia, en donativos privados para ayuda externa. Los neoyorkinos, ricos o no, que vivían en el Sur de Manhattan el 11 de septiembre de 2001, recibieron una media de 5.300 dólares. Las diferencias entre estas cantidades simbolizan la forma en la cual, para mucha gente, el ámbito de la preocupación por otros se detiene en las fronteras de su propio país, si es que se extiende tan lejos. “La caridad bien entendida empieza por uno mismo”, dice la gente, y, de forma más explícita, “debemos ocuparnos de la pobreza en nuestro propio país antes de intentar arreglar la de fuera. Dan por hecho que las fronteras nacionales tienen valor moral y que es peor dejar necesitado a uno de nuestros conciudadanos que dejar en tal estado a un habitante de otro país”⁶. Estos intereses y estas cosmovisiones se acompañan y se retroalimentan con la visión implacable más que con la impecable; el discurso implacable se acomoda mejor a la idea de *comunidad imaginada* que late al fondo de las palabras de Singer: en todo caso, sólo nos debemos a los nuestros. Una forma de populismo inclusivo puertas adentro y otro de carácter aristocrático excluyente hacia el exterior.

No obstante, Rafael del Águila dice que tendemos a criticar el populismo o considerar que está mal, pero sobre todo cuando nos referimos al antipático. Sin embargo, tendemos a considerar angelical el populismo simpático, y añade que “el inmigrante no es demonio ni ángel, sino una persona normal. Un tratamiento igual exige que se hable del populismo demoníaco antipático y del políticamente correcto, que es un populismo que da votos a cambio de nada y promete políticas perfectas que al cabo no lo son tanto”⁷. Más que de un populismo políticamente correcto o simpático, se trata de contrarrestar la cosmovisión implacable, pero se termina cayendo en un cierto *caos terminológico*, que recuerda lo que Walker Connor, con cierta sorna, afirmó del término nación: “Una nación es una nación, es un estado, es un grupo étnico, es ...”. Este caos genera un *enfoque caótico*, consistente en que el pensamiento impecable

presenta una cierta incapacidad para usar el término *problema* al referirse a la inmigración extranjera. El pensamiento impecable recurre a términos como reto, hecho, oportunidad, riqueza cultural, ... pero difícilmente hablará de la inmigración extranjera como problema, con lo que:

1. pierde terreno social ante la visión implacable, que se niega a aceptar contenido diferente del problemático en el fenómeno migratorio, con lo que incluso cree resuelto el aspecto referido a cómo tratarlo, cerrar fronteras y basta,
2. y, además de perder la pugna social, el discurso impecable también se automutila en la comprensión de la inmigración porque es muy difícil activar una política social sobre la base de un diagnóstico normalmente insuficiente. En algunas ocasiones, este diagnóstico es absolutamente errado. Describir adecuadamente las situaciones es la base para generalizar con sentido y, en consecuencia, actuar eficazmente.

Es más, el discurso impecable no parece suficientemente dotado para contrarrestar el implacable, porque por su insuficiente descripción del fenómeno migratorio está más pendiente del *racismo ideológico* que de la *xenofobia situacional*, con lo que suele ser relativamente habitual que aquellos que mantienen un discurso impecable terminen acusando de racistas a sectores de la población autóctona que manifiestan comportamientos xenófobos, no necesariamente desde un punto de vista ideológico, sino desde su situación precarizada. La inmigración extranjera es un problema objetivo para esta población, porque le disputa los recursos públicos de asistencia y porque puede sustituirle en el mercado laboral, le visualiza más si cabe su situación de progresiva exclusión. Padeecer un problema social de semiexclusión no justifica moralmente el comportamiento xenófobo, pero no padecerlo no faculta para erigirse en oráculo estigmatizador⁸, menos a una población que ya lo está según los parámetros sociales dominantes de la sociedad de acogida. No nos cabe ninguna duda de que se establece una relación inversa entre la integración social y la exigencia de la diferencia, de forma que en el estimable juego de la interculturalidad, estamos convencidos de que se opera el siguiente ecuación: a más –inter (igualdad social) menor –culturalidad (reclamación de diferencias). Un juego de efectos beneficiosos y en el que ganan todos, pues por un lado se garantiza la integración ciudadana de autóctonos e inmigrantes y, por otro, las diferencias culturales se reducen a los justos términos en los que se objetiva la dignidad grupal. La ecuación contraria genera un juego en el que pierden sectores muy relevantes de la sociedad de acogida, gran parte de los inmigrantes y la cohesión socio-cultural de la sociedad en su totalidad.

Esta situación general puede dar lugar a todo un conjunto de estrategias cruzadas a modo de círculo vicioso de difícil manejo. A saber:

1. Los xenófobos situacionales verbalizan socialmente sus experiencias vitales, de progresiva precarización y de semi-exclusión, haciendo responsables de su situación a los inmediatamente contiguos en el espacio social (y territorial) en el que se insertan. Expresan, pues, una preocupación cotidianamente experimentada.

La globalización también ha generado sus propios hábitos globales: culpabilizar a los otros es uno de ellos, generando una cadena de culpables en los que siempre hay una nacionalidad subsiguiente a la que hacer culpable del mal funcionamiento social.

2. La preocupación de estos sectores sociales retroalimenta a los racistas ideológicos, que muy probablemente también lo son sociales, aunque no constituyan un porcentaje elevado en nuestras sociedades.
3. Ahora bien, una vez que emergen socialmente y se movilizan políticamente, los racistas ideológicos extienden una zona de duda en el resto de la sociedad, en los precarizados, a quienes surten de discursos y, según la coyuntura o estructura de oportunidad política, de organizaciones políticas. Una vez surgida una organización política de este tipo ninguna otra anterior queda indemne.
4. El pensamiento impecable muy a su pesar retroalimenta a los grupos implacables, en quienes la denegación de los impecables del “problema” de la inmigración confirma sus peores temores, arguyendo que *su verdad* se enraíza en los hechos en relación inversa a la fuerza con la que los impecables niegan la problematicidad del fenómeno migratorio.
5. No es nada seguro que la previsible caracterización de la inmigración como problema por parte de pensamiento impecable no retroalimente igualmente a los grupos anteriores, por lo que este modo de pensamiento se encuentra, como en otros tantos campos –negación del carácter autoritario del régimen castrista, por ejemplo– en el caso del dilema del prisionero: haga lo que haga siempre pierde, porque qué puede hacerse con una realidad social que aunque innominada existe.
6. En consecuencia y, siguiendo de momento con la encuesta del CIS, ¿qué grado de relevancia le debemos conceder al 13,3% de nuestra sociedad que dice que la inmigración sí le supone un problema? No es fácil actuar bien en una sociedad preparada para que lo hagamos mal, pero lo haremos rematadamente mal si no somos capaces de discernir los muchos planos en los que conviene delimitar analíticamente la inmigración extranjera.
7. Entre estos planos entremezclados y superpuestos debemos pensar que la desazón, molestia, malestar que la inmigración puede causarle a una parte de nuestra sociedad será aprovechado por quienes mantienen una actitud de rechazo *in toto* contra la inmigración. De esto habla José María Ridaó⁹ en su visión de la zona gris.
8. Por todo ello, recurriré a uno de los pozos de sabiduría más grandes de los que disponemos los sociólogos en España, a Miguel Beltrán, quien nos conmina a no abdicar de nuestra labor de desvelamiento, discernimiento y descubrimiento en una larga cita equivalente al traspaso de las tablas de Dios a Moisés y que no me resisto a reproducir: “imaginemos por un momento que ese específico objeto de estudio no hubiera sido todavía construido: la realidad social, sin embargo, existiría como tal, aunque indefinida e innominada; pero como lo que no puede ser nombrado no puede ser observado, la gente y los sociólogos atribuirían sus efectos al destino, a que las cosas son naturalmente así, a la voluntad de los dioses o a cualquier otro motivo más o menos consistente: serían incapaces de reunir todos esos efectos y dibujar con ellos el perfil de esa realidad hasta el momento desconocida. Pero una vez aislada, identificada y definida, la realidad en cuestión surge de la sombra y explica con su sola presencia lo que antes no estaba

explicado. El propósito de la sociología no es inventar el mundo social (lo es precisamente en el sentido latino del término), sino descubrirlo: conseguir que las realidades sociales sean también categorías sociológicas, ya que descubrir algo es, sobre todo, conceptualizarlo. Descubrimiento que no es especular, pues de serlo sólo reflejaría lo dado, lo que es inmediatamente inescrutable, lo que la realidad ofrece como realidad y como apariencia engañosa. Descubrirlo es, pues, construir conceptualmente la realidad, pero no de manera arbitraria y caprichosa, sino de manera racional y de acuerdo con la cultura del discurso crítico, y construirla conforme con la propia realidad, explicando y destruyendo las apariencias engañosas. Construir conceptualmente la realidad es tanto como elaborar un mapa de la misma, mapa que no es la realidad ni su reflejo, pero que la representa, interpreta y hace inteligible. Y tal construcción existe siempre: o la hace la ciencia o la hace la ignorancia. O el mapa revela cómo es la realidad –con más o menos acierto–, o consignará enfáticamente: *Hic sunt leones*”¹⁰.

A tal fin, se aportan unos pocos datos de la encuesta que realizó en 2004 el Observatorio Vasco de Inmigración, Ikuspegi. (Ver cuadro 2 y tabla 2 en el anexo. En el cuadro se adelantan los ítems de la tabla 2. El número del ítem corresponde a las diferentes columnas en las que hemos seleccionado o el acuerdo –A: agrupa los *muy de acuerdo* y *de acuerdo*– o el desacuerdo –D: agrupa los *en desacuerdo* y *muy en desacuerdo*–).

En los datos aportados se observan ciertas regularidades en las variables sociodemográficas que sustentan las diferentes opiniones y actitudes. De este modo, las actitudes más restrictivas se dan entre las mujeres, los alaveses, los autodefinidos como españoles, los de mayor edad, los de menores ingresos y los de menor nivel de estudios. Las actitudes más abiertas se darían entre los guipuzcoanos, los que se definen más vascos, los más jóvenes, los de mayores ingresos y los de mayor nivel de estudios.

Detrás de esas regularidades subyacen probablemente los procesos de sustitución y de compatibilización, los sectores sociales seguros e inseguros de sí mismo, los diferentes capitales sociales de estos sectores, las áreas de *la incertidumbre* y la de *la certeza*. Las características primeras corresponden a la de incertidumbre y las segundas a la de certeza. Estas dos áreas de nuestro estudio coinciden con el estupendo análisis que realizó M^a Angeles Cea d’Ancona¹¹, de tal forma que tras gran parte de las actitudes positivas ante la inmigración extranjera convergen un alto nivel de estudios y la ideología de izquierdas. A veces también concurre la variable edad: a menor edad menos restricción y viceversa. Entre las del rechazo también nuestro estudio coincide con el análisis de Cea, quien afirma que las personas de mayor edad, de menor nivel de estudios, ideológicamente ubicados a la derecha, católicos practicantes y personas de menor status social son las más restrictivas. Los datos que aportamos los resumimos al máximo, pues no son sino un primer desbroce que posteriormente complementaremos con unos pocos datos más. Una vuelta de tuerca de los datos de nuestra encuesta, tabla 3, también permite distinguir cinco actitudes dominantes frente a la inmigración, que podían resumirse de la siguiente manera:

Tabla 3. Variables que inciden en las actitudes frente a la inmigración extranjera				
	Incidencia de las variables			
Actitudes	Más inciden	Menos inciden	No Inciden	Denominación del perfil
Garantía de los beneficios sociales	Edad Estudios Ideología	Nacionalismo	Género Religiosidad	Persona con estudios y "madurez"
Asimilación	Religiosidad Ideología	Edad Nacionalismo	Género Estudios	Persona católica y de derechas
Exculpación	Estudios Ideología Religiosidad		Género Edad Nacionalismo	Persona con estudios, de izquierdas y creyente
Rechazo institucional	Nacionalismo Ideología	Edad Estudios	Género Religiosidad	Nacionalista español de derechas
Multiculturalidad	Estudios Ideología	Nacionalismo Religiosidad	Género Edad	Persona de izquierda con estudios

Estas actitudes y la posterior tipología de individuos definidos por la intensidad con la que poseen estas actitudes que daremos a conocer próximamente, en julio, nos permiten sugerir algo tan evidente como urgente, la necesidad de detectar y delinear los perfiles actitudinales con sus correspondientes características sociales y situacionales en términos de estructura social, para:

1. intentar contrarrestar los discursos dominantes de carácter implacable que se dirigen contra la población extranjera,
2. articular políticas públicas que erosionen de base de tales discursos, y
3. hacer creíble el discurso impecable, lo cual requiere un análisis exhaustivo de las dinámicas de precarización y exclusión social de nuestra sociedad.

Por todo ello, más que nunca, es preciso insertar el fenómeno de la inmigración en el de las dinámicas nacionales e internacionales, porque se está extendiendo la impresión de que el *apartheid* desapareció de Sudáfrica para instalarse en el mundo. Vivimos en

unos Estados cada vez más neuróticos, que no saben si responder a las demandas de sus ciudadanos o al chantaje de las transnacionales, en unas sociedades cada vez más destradicionalizadas, en unas economías cada vez más excluyentes, y rodeados de crecientes riesgos técnicos y sociales. En un contexto de este tipo dos formas antitéticas de comportamiento terminarán sobresaliendo: la de la *secesión de los triunfadores*, que minarán los puentes una vez de haber pasado por ellos, y la de los *excluidos*, que mirarán desde el otro lado del puente. Como se pregunta Bauman, ¿qué haremos con los desperdicios humanos, con las vidas desperdiciadas? Si la modernización prometió un mundo incluyente para todos en un juego en el que todos podíamos ganar, la globalización se basa en un juego de suma cero: lo que ganan unos lo pierden otros.

Abordar el triple objetivo exige científicamente caracterizar bien la propia sociedad y socio-políticamente socorrer sin principio de *prioridad nacional* a todos los excluidos, porque el peligro está instalado en la posible emergencia explícita y organizada de la zona gris. Como dice Ridaó: “De día en día, una creciente zona gris se va instalando en la democracia; una zona gris en la que para fortalecerla comprometemos su futuro, en la que para salvaguardarla la traicionamos, y tratamos de exculpar nuestra torpeza y nuestra traición mediante un argumento clásico. Cercados por la inseguridad, debemos renunciar a la igualdad; cercados por el terrorismo internacional, debemos renunciar a la libertad y a las garantías, y, así, de manera cada vez más acelerada, vamos haciendo de la democracia un credo cada vez más exclusivo, vamos desentendiéndonos de esa fatalidad que siempre precedió a los tiempos luctuosos; definir un sistema político por su esencia es definir al mismo tiempo la esencia de sus enemigos y, por tanto, cerrar las puertas a cualquier entendimiento”.

Cercar la zona gris exige eliminar el *área de la incertidumbre*.

ANEXO:

Cuadro 2. Afirmaciones agrupadas según actitudes que se contemplan en la tabla 2	
Culpar a las minorías	
1.	En los colegios donde hay muchos niños de estos grupos minoritarios, la calidad de la educación sufre
2.	Las personas de estos grupos abusan del sistema de bienestar social
3.	La presencia de personas de estos grupos de minorías es una causa de inseguridad
4.	Por lo general, los sueldos bajan como consecuencia de la llegada de personas que vienen a trabajar y a vivir
5.	Si un país quiere evitar problemas, debería poner fin a la inmigración
Aceptación restrictiva de las minorías	
6.	Existe un límite a la cantidad de personas de diferente religión, etnia o raza que una sociedad puede aceptar

Optimismo multicultural	
7.	Los distintos grupos culturales deberían poder educar a sus hijos en escuelas separadas, si lo desean
8.	Es una buena cosa para una sociedad que esté compuesta de personas de diferentes razas, religiones y culturas
Condiciones de repatriación	
9.	Si los extranjeros que vienen a trabajar se quedan en el paro durante un tiempo, deberían ser expulsados
10.	Si alguien que ha venido aquí comete cualquier delito, debería ser expulsado del país
Asimilación cultural	
11.	Para ser miembro plenamente aceptado de la sociedad (país), las personas que pertenecen a estos grupos minoritarios deben renunciar a su propia cultura
12.	Para ser miembro plenamente aceptado de la sociedad (país), las personas que pertenecen a estos grupos minoritarios deben renunciar a aquellas partes de su religión y cultura que puedan estar en conflicto con la ley del (país)
13.	Para una sociedad es mejor que todas las personas compartan las mismas costumbres y tradiciones
Instrumentalización económica	
14.	Las personas que vienen a vivir y trabajar permiten cubrir puestos de trabajo que no se cubren con los de aquí
Identidad vasca	
15.	La llegada de personas extranjeras frenará las aspiraciones del nacionalismo vasco
16.	La llegada de personas extranjeras frenará el desarrollo del euskara
Libertad de movimientos	
17.	Todos los países se beneficiarían si las personas pudiesen circular libremente por ellas
18.	Las autoridades deberían esforzarse más en mejorar las condiciones de vida de los inmigrantes
Fuente: Ikuspegi, 2004	

¹ Ulrick Beck, 2002, *Libertad o socialismo*, Paidós, Barcelona.

² Alfred Schutz, 1974, *Estudios de teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires.

³ Robert K. Merton, 1964, *Teoría y estructura sociales*, FCE, México.

⁴ Luis de la Corte y Amalio Blanco, 2006, “Conflictos integrupales y prejuicios étnicos en las sociedades receptoras de inmigrantes”, en AA.VV., 2006, *Inmigración. Un desafío para España*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, págs 305-347. También podían haberse tomado como punto de partida las diecisiete afirmaciones que comenta, contraargumenta Carlos Giménez (2003, *Qué es la inmigración*, Integral, Madrid) o el estudio del Colectivo Ioé (1995, *Discursos de los españoles sobre los extranjeros. Paradojas de la alteridad*, CIS, Colección Opiniones y Actitudes, Madrid)

⁵ Véase el capítulo IV “La importancia de exagerar” en Henry Tajfel, 1984, *Grupos humanos y categorías sociales*, Herder, Barcelona, 85-113.

⁶ Peter Singer, *Un solo mundo. La ética de la globalización*, Paidós, Barcelona, 2003, pág 165. Este punto de vista coincide con el principio de “prioridad nacional o preferencia nacional”.

⁷ Rafael Del Águila, “Tolerancia, respeto y democracia ante la inmigración” y “II Debate. Estados, naciones e inmigración”, en AA.VV., 2006, *Inmigración. Un desafío para España*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, pág 381.

⁸ Jean Améry lo expresó muy bien cuando afirmó que una persona necesita tanta más patria cuanto menos puede llevarse consigo. El pensamiento impecable muchas veces pone inconscientemente en práctica, aunque no necesariamente, un aristocratismo social, del que debe deshacerse, tanto porque el destinatario de sus calificaciones no puede defenderse de sus clasificaciones clasistas (como digo Bourdieu, nada nos clasifica más que nuestras propias clasificaciones) como porque le aleja de una correcta comprensión de la totalidad del fenómeno de exclusión que transcurre en su propia sociedad, y que si incluye a los inmigrantes también lo hace a sectores de su propia sociedad.

⁹ Véase especialmente el capítulo “Francia y la zona gris” de José María Ridao, 2004, *Weimar entre nosotros*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, págs 153-167. En este texto sostiene Ridao: 1. “Si alguna diferencia se puede establecer, si algún matiz marca las distancias, es quizá el que Le Pen formula con inmediatez populista lo que los gobiernos democráticos ocultan bajo tecnicismos legales y humanitarios” [pág. 163] y “Se trata de un fenómeno singular, en virtud del cual una ultraderecha incapaz de ganar en las urnas, una ultraderecha siempre minoritaria, acaba imponiendo paradójicamente sus soluciones porque, en el fondo, lo que ha logrado imponer es su análisis, su lectura de la realidad... Es precisamente esta espiral de concesiones a Le Pen y otros líderes de su misma condición, esta candorosa actitud de creer que se les cierra el paso dando respuesta a las exigencias que plantean y en los términos en los que las plantean, lo que está provocando que nuestros principios democráticos empiecen a ofrecer la apariencia de una fotografía movida, que son pero que no son, que operan pero que no operan, que los defendemos pero que no los defendemos. De día en día, una creciente zona gris se va instalando en la democracia; una zona gris en la que para fortalecerla comprometemos su futuro, en la que para salvaguardarla la traicionamos, y tratamos de exculpar nuestra torpeza y nuestra traición mediante un argumento clásico. Cercados por la inseguridad, debemos renunciar a la igualdad; cercados por el terrorismo internacional, debemos renunciar a la libertad y a las garantías, y, así, de manera cada vez más acelerada, vamos haciendo de la democracia un credo cada vez más exclusivo, vamos desentendiéndonos de esa fatalidad que siempre precedió a los tiempos luctuosos; definir un sistema político por su esencia es definir al mismo tiempo la esencia de sus enemigos y, por tanto, cerrar las puertas a cualquier entendimiento” [págs 166-7].

¹⁰ Miguel Beltrán, 1991, *La realidad social*, Tecnos, Madrid, págs 59-60.

¹¹ M^a Angeles Cea D’Ancona, *La activación de la xenofobia en España. ¿Qué miden las encuestas?*, CIS, Madrid, 2004.